

# MARI JUNG STEDT

Antes de que  
lleguen las nubes

*Traducción:*

CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

*A mi queridísima amiga,  
la espléndida Lilian Andersson Tjäder,  
mil gracias por cuarenta años de amistad.*

# Los escenarios de la novela





## Prólogo

*MIENTRAS CONDUCCIÓN POR el camino de grava divisó a lo lejos la casa solariega, que se alzaba majestuosa al fondo del paseo de abedules y, desde ese instante, empezó a sentir la misma presión de siempre en el pecho. Era a última hora del día, casi al atardecer, y el sol había empezado a teñir el cielo de rojo.*

*La vivienda se veía imponente en la cima de la colina y conducía a un canal que desembocaba en el mar. A simple vista tenía un aspecto idílico. Era amarilla, con las esquinas pintadas de blanco y las ventanas cuarteadas; tenía una explanada de grava en perfecto estado y una cabaña de aperos del siglo XVIII en una pendiente que descendía hasta el canal. Recordaba con cariño muchas cosas de la casa de su infancia en Suecia, entre ellas el huerto de manzanos, con el muelle junto al lago donde podían salir en canoa y surcar el canal con la lancha motora para ir a pescar a las islas del archipiélago.*

*Dirigió la vista hacia el añoso roble de nudosas ramas, donde de niño se construyó un chamizo para esconderse de sus padres y sus hermanas mayores cuando quería que lo dejaran tranquilo. La vieja cabaña de aperos, en la que podía encerrarse como si estuviera estudiando cuando en realidad solo quería estar solo. La criada, con el delantal blanco y una pañoleta estampada de flores en el pelo, que tocaba con estridencia la oxidada campanilla de la cocina para avisar de que era la hora de comer. Los recuerdos acudían a él, iban pasando por su memoria como una película antigua.*

*En cuanto entró en el vestíbulo, sintió que le costaba respirar. Era como si el tiempo se hubiera detenido. La misma atmósfera, el mismo*

olor. Llegó incluso a creer que aún notaba un leve aroma al humo de la eterna pipa de su padre impregnado en el papel con motivos en verde de las paredes. Se mezclaba con el vago toque de humedad de las vigas de madera y el jabón usado en las constantes tareas de limpieza de la casa. Su madre siempre fue una maniática: la casa tenía que estar bien ordenada, los niños tenían que ser educados e ir debidamente peinados, impecables y limpios, perfectos y bien vestidos. Justo igual que ella y su padre, cuyo aspecto era siempre impecable.

Y, en el interior de la casa llena de robustos muebles antiguos, relojes de péndulo, estufas de cerámica en cada habitación, el papel de estampado floral de las paredes, las arañas de cristal, el estuco del techo, las gruesas alfombras, todo se encontraba perfectamente colocado. Suponía que a su madre le infundía cierta seguridad que todo estuviera en orden, que no se produjeran imprevistos; todo debía planificarse y meditarse. En aquella casa no había cabida para la espontaneidad o la expresión de los sentimientos. Ella había construido su existencia en torno a la predictibilidad.

Dentro siempre hacía fresco, entraba algo de corriente de los altos ventanales, que solían tintinear cuando el viento soplaba con violencia. Recordaba que, durante los años que estuvieron viviendo allí, siempre pasaba un poco de frío. Nunca se acostumbró del todo al frío.

La puerta del despacho de su padre estaba entreabierta y se imaginó su figura allí dentro, con la consabida chaqueta marrón de botones semiesféricos y coderas de piel. Revisando archivadores y pilas de documentos. A veces hablaba por teléfono, mantenía largas conversaciones en voz baja. En alguna que otra ocasión recibía visita. Hombres trajeados que apenas saludaban y que pasaban largas horas allí sentados tras la puerta cerrada. De qué hablaban o qué hacía exactamente su padre desde que se mudaron a Suecia era algo que en realidad nunca había llegado a averiguar. Cuando su padre falleció, seguía siendo un extraño para él.

Se quitó la chaqueta, pero no los zapatos. No pensaba quedarse más de lo necesario. Se encaminó resuelto a la amplia cocina cuya puerta de servicio daba al jardín.

*Por urgente que fuera el motivo de su presencia allí, y por deseoso que estuviera de resolverlo cuanto antes, no pudo evitar detenerse a echar una rápida ojeada a su antiguo cuarto infantil. Al bajar el picaporte notó la tensión en la mandíbula. La cama seguía donde siempre. La misma colcha azul de cuando cumplió trece años. Por lo general, sus padres siempre le regalaban cosas útiles. Todo lo demás eran, según ellos, paparruchas innecesarias. La mesa gastada bajo la ventana, con su cartapacio de plástico verde descolorido por el sol, que siempre estuvo allí.*

*Habían dejado un único juguete en el cuarto, el osito que sus abuelos maternos le habían regalado cuando cumplió siete años, y con el que dormía de pequeño por las noches. Le faltaba un ojo. Casi daba miedo que siguiera allí como si nada hubiera ocurrido en todo ese tiempo. De pronto volvió a sentirse como un niño, aunque habían transcurrido casi treinta años desde que se mudó de casa.*

*Cerró la puerta enseguida y se dirigió resuelto al despacho de su padre. Al llegar al umbral se detuvo de pronto. El escritorio inglés del siglo XIX de estilo rústico y en madera de caoba ocupaba la mayor parte de la habitación; el viejo sillón giratorio de piel marrón se encontraba detrás.*

*Las paredes estaban cubiertas de estanterías, y olía a piel y un poco a tabaco. Se sentó en el sillón, que rechinó un poco bajo su peso. Abrió uno de los cajones del escritorio, rebuscó entre el contenido. No encontró nada interesante y continuó metódico con el siguiente. Muy a conciencia repasó un cajón tras otro, pero la mayoría de lo que encontraba era basura: sobres vacíos, recibos antiguos, facturas pagadas y otros documentos que ya no tenían validez. Por fin llegó al último y encontró la caja en la que su padre guardaba las pipas. Las habían dejado allí, al igual que el tabaco, que estaba en la bolsita de terciopelo. Sabía que su madre no había querido deshacerse de nada después de que su padre falleciera, de modo que seguían conservando la mayoría de sus cosas, a pesar de que hacía ya diez años de su muerte.*

*Sacó una de las pipas y la cargó mientras pensaba en el siguiente paso. ¿Dónde podría buscar ahora?*

*Enseguida encontró una caja de cerillas, se llevó la pipa a los labios y la encendió. Dio unas caladas. Sabía diferente, pero bastante bien. Sobre todo, le recordaba al olor de su padre.*

*De pronto vio una cómoda que había en un lateral. Tenía varios cajones pequeños y algunos más grandes. Apoyó la pipa en el cenicero y se puso a buscar. Encontró una carpeta con su nombre. Contenía viejos libros de calificaciones, fotografías escolares y documentación de reconocimientos médicos. No tardó en descubrir un sobre abierto que contenía una carta. La habían devuelto al remitente.*

*Empezó a leer y, una vez que tuvo claro el contexto, se le quedó la mente en blanco. Acababa de ver confirmados sus peores temores. Con el corazón latiéndole acelerado en el pecho, retrocedió hasta el sillón y se desplomó en él con la mirada clavada en la carta.*

*En ese instante, se convirtió en otra persona.*

EL COCHE SERPENTEABA por la empinada carretera de los montes andaluces, cuyas fértiles laderas se extendían salpicadas de pueblecitos blancos como terrones de azúcar. Ahora, en primavera, todo estaba verde y frondoso, y al fondo se divisaban las altas cumbres de la Serranía de Ronda.

Y allí se dirigían los cuatro amigos, a Ronda, situada a poco más de cien kilómetros de Málaga, un auténtico tesoro cultural y una de las ciudades más antiguas de España. Hacía mucho que tenían planeado ese viaje de fin de semana.

Florián Vega, que iba al volante, era el único español del grupo. Había nacido y se había criado en la provincia malagueña, y tenía fama de ser un fiscal muy combativo. Estaba casado con una sueca, Marianne, a la que había conocido en un vuelo entre su ciudad y Las Palmas hacía más de treinta años, cuando ella era azafata. Fue un flechazo, y Florián se le declaró seis meses después. Primero estuvieron viviendo un tiempo en Suecia, pero cuando él decidió que quería estudiar Derecho, se mudaron a España. Marianne aceptó la idea de irse a vivir a Málaga y tuvieron tres hijos bastante seguidos. Todos ellos eran ya adultos y se habían independizado.

De ahí que, en el amplio chalet de principios de siglo de El Limonar, un barrio próspero de las afueras de Málaga, resonara el eco del vacío, pero eso a Florián no le preocupaba demasiado. Tenía más que de sobra con su vida, tanto en lo laboral, por su

trabajo de fiscal, como en lo personal. Al contrario, para él era un alivio que sus hijos se hubieran emancipado. Eso implicaba que a él le quedaría más tiempo para sus aficiones, para su vida futura. Llevaba varios años sintiendo la necesidad imperiosa de romper con la rutina de siempre. Al principio pensó que tal vez fuera la edad, una crisis pasajera propia de los cincuenta. Lo de hacerse viejo resultaba estresante: el pelo, que se iba cayendo, la panza, que iba creciendo, y el miedo a perder vigor y al cáncer de próstata. De las mujeres y sus problemas con la menopausia sí que hablaban sin parar, pero nadie pensaba en las obsesiones y los achaques que la edad causaba en los hombres.

Sin embargo, una serie de acontecimientos totalmente inesperados habían cambiado su visión de la vida en los últimos tiempos. Ya no pensaba que se tratara de una crisis, sino más bien de una evolución; una nueva fase interesantísima, otra oportunidad. La segunda mitad de la vida había hecho su entrada a bombo y platillo, y él la esperaba entusiasmado con alegría y confianza.

Miró de reojo a Marianne, que iba a su lado en el coche. También a ella empezaban a notársele los años. Florián se había percatado de que le habían aparecido nuevas arrugas alrededor de la boca y en el cuello. Y también el pelo, teñido de henna roja, se veía ahora más escaso.

Iba mirando por la ventanilla con las gafas de gruesa montura redonda, y se preguntó en qué estaría pensando. La relación entre los dos estaba algo tensa. Él esperaba que no se notase. Era muy consciente de que a Eva y Peter, sus amigos suecos, les hacía mucha ilusión pasar un fin de semana con ellos y divertirse. Nunca habían estado en Ronda, y él esperaba que el viaje transcurriera sin riñas ni contratiempos entre su mujer y él. Sus amigos habían vendido la empresa de decoración de interiores que tenían en Suecia y se habían mudado hacía un año, de modo que aún eran bastante novatos en Málaga y les faltaba mucho

por ver y por disfrutar. Vivían junto al mar en un apartamento de Pedregalejo, que fue en su día un pueblo de pescadores y que en la actualidad se había convertido en un barrio de Málaga lleno de vida, y dedicaban la mayor parte de su tiempo a jugar al golf y a salir con los amigos.

Eva y Peter iban en el asiento trasero y el silencio empezaba a hacerse molesto en el coche. Para aligerar el ambiente, Florián subió el volumen de la radio y, con unos gritos entusiastas, consiguió que todos se pusieran a cantar el último éxito latino mientras continuaban el ascenso por la carretera llena de curvas.

Finalmente llegaron a una espléndida meseta desde la que pudieron contemplar la ciudad, inexpugnable en apariencia, desplegada sobre una escarpada montaña de empinadas lomas que daban al vertiginoso panorama de una sierra atestada de mesetas y montes. Aunque estaba un poco nublado, la vista era espectacular.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó Eva desde el asiento trasero cuando ya entraban en la ciudad—. ¿Veis ahí el famoso puente? Es tan sobrecogedor como en las fotos. ¿No podemos parar unos minutos?

—Por supuesto que podemos —dijo Florián.

Aparcó en el arcén para que todos pudieran salir y disfrutar de una primera impresión. El Puente Nuevo se construyó en el siglo XVIII sobre un barranco con la intención de comunicar el núcleo antiguo de Ronda con la parte nueva. El puente de piedra, con sus tres bellos arcos de estilo oriental, era testimonio de la influencia árabe en Andalucía.

En el fondo del barranco, a ciento veinte metros de profundidad, fluía el río Guadalquivir. Eva se apartó el pelo de la cara y le puso a Marianne la mano en el hombro con delicadeza.

—Fíjate, es pura magia —le dijo emocionada al tiempo que hacía un amplio gesto señalando con el brazo—. Resulta tan enigmático cuando las laderas caen en picado en la hondonada,

con el puente entre la niebla... —continuó soñadora—. Como sacado de *El señor de los anillos* o algo así.

—Ya... —respondió su amiga un tanto ausente mientras miraba angustiada a Florián, que se había apartado a una distancia prudencial y hablaba por el móvil de espaldas a ellos.

—Venga, vamos al puente —dijo tirando de Marianne—. Quiero ver qué se siente.

Se acercaron al viaducto junto con Peter y, una vez allí, sintieron vértigo al mirar a las profundidades del barranco. Por encima de las paredes verticales de la montaña, las casas encaladas que bordeaban el filo de la roca a ambos lados del puente parecían a punto de caer al fondo del precipicio en cualquier momento.

FLORIÁN HABÍA TERMINADO de hablar y se unió a los demás. Había estado en Ronda muchas veces y les iba explicando todo lo que veían. Después de varios años viviendo en Suecia, hablaba sueco con soltura, lo cual era perfecto, puesto que Eva y Peter solo sabían unas pocas frases en español.

—Desde aquí no se ve, pero en los cimientos, debajo de la pasarela, hay celdas donde antes encerraban a los condenados a muerte —comenzó—. Que sepáis que aquí han sucedido cosas terribles a lo largo de los años. Seguro que el arquitecto que diseñó esta obra maestra ignoraba que terminaría siendo su muerte. Un día de mucho viento se le voló el sombrero, y al alargar el brazo para recuperarlo cayó al vacío y se mató.

—¡Madre mía, qué espanto! —exclamó Eva con cara de horror.

—Pues espera, que hay más —se animó Florián con cierta satisfacción en la voz—. Durante la guerra civil española, a los partidarios de Franco los arrojaban ahí. El mismísimo Ernest Hemingway lo contó en uno de sus libros, no recuerdo cuál. Él pasó mucho tiempo en Ronda, le encantaba esta ciudad.

—Qué pasada —dijo Peter—. No tenía ni idea.

—Por si fuera poco —continuó Florián visiblemente entusiasmado con su papel de guía turístico—, el mismo arquitecto que diseñó la estructura fue también el autor de la célebre plaza de toros de Ronda, que es la más antigua de España. Antes arrojaban desde aquí arriba a los caballos heridos en la plaza, los lanzaban desde los acantilados al fondo del barranco.

—Anda ya, ¿en serio? —Eva miró horrorizada a las profundidades y Marianne puso cara de espanto.

Era espeluznante pensar que hubieran ocurrido semejantes barbaridades allí mismo, justo donde ellos se encontraban.

Florián señaló hacia las montañas.

—Allí se ven la sierra de las Nieves y la sierra de Grazalema, casi dos mil metros sobre el nivel del mar. Aún hay nieve en las cumbres. Pero parece que va a empeorar el tiempo —observó mirando al cielo—. Yo diría que se acerca un banco de nubes.

—¿Hay algún lugar desde el que pueda verse el puente de lejos? —preguntó Eva—. Me gustaría tomar algunas fotos a distancia.

—Claro. —Florián echó a andar de nuevo hacia el coche—. Cuando estemos instalados en el hotel os enseñaré un sitio con unas vistas preciosas. Pero hay que darse prisa, antes de que lleguen las nubes.

LISA HAGEL SIEMPRE sentía el mismo agobio cuando llegaba el momento de subir a bordo. En cuanto ponía un pie en la máquina de volar, ya era demasiado tarde para arrepentirse, demasiado tarde para bajarse. Como de costumbre, echó una ojeada a la cabina y atisbó el complejo panel de control, y a los pilotos, con sus camisas blancas recién planchadas, que ya se preparaban junto a los mandos. En esos momentos, siempre le venía a la cabeza la misma idea: «¿Y si esta fuera la última vez, la despedida, el final? ¿Y si nos estrellamos contra el suelo y morimos todos? Y, cuando eso suceda, ya sabemos que no hay nada que podamos hacer. Nada».

Si el avión empezaba a dar bandazos, perdía velocidad, y ese cuerpo de acero de proporciones gigantescas caía por el aire, no servirían de nada ni los rezos ni los chalecos de debajo del asiento ni las máscaras de gas. Un pensamiento le pasó por la cabeza como un rayo. Quizá fuera mejor que todo terminara ahora. Quizá ya había disfrutado en la vida de la porción de felicidad que le correspondía, esa felicidad que tan brutalmente le habían arrebatado y que hizo que su existencia entera se tambaleara en unos minutos. Sencillamente, quizá hubiera llegado el momento.

Lisa sintió un escalofrío y trató de borrar aquellos pensamientos tan lúgubres. ¡Venga ya! No se había venido abajo ni había caído en ninguna depresión, a pesar de que acababa de vivir una experiencia que había puesto toda su vida patas arriba.

Ella y Axel, ahora ya su exmarido, habían vendido la casa de Gamla Enskede, a las afueras de Estocolmo, en tiempo récord. Así consiguió el dinero suficiente para atreverse a dejar el trabajo de profesora de sueco y de español y hacer realidad su viejo sueño de comprarse una casa en Andalucía. Estaba para reformar, desde luego, pero se encontraba en un sitio precioso a las afueras del soñoliento pueblecito de Benagalbón. A un cuarto de hora en coche del centro de Málaga. A Lisa siempre le había encantado España, un país que visitaba a menudo desde la adolescencia.

Tenía pensado ganarse la vida dando clases de español por internet, haciendo traducciones y encargos de interpretación, si le surgía alguno, ya que también había estudiado Interpretación. Con el tiempo, tal vez pudiera incluso buscar trabajo en el Colegio Sueco de Fuengirola. Se las arreglaría. Además, ahora mismo haría cualquier cosa por alejarse de todo. Tenía que dejar atrás toda la historia, todos los recuerdos, todo lo que le trajera a la memoria la vida compartida con Axel. Simplemente, no tenía otra salida; de lo contrario, sería su perdición. Claro que echaría de menos a sus hijos, pero ellos eran adultos, habían volado del nido y tenían su propia vida. Podrían verse, era sencillo volar entre Estocolmo y Málaga, y tampoco resultaba demasiado caro. Annie, su mejor amiga, vivía a las afueras de la ciudad y, gracias a que la había visitado innumerables veces a lo largo de los años, conocía a bastante gente en la zona. Le iría bien.

Lisa metió las gafas en el bolsillo del asiento de delante junto con la novela que a aquellas alturas ya se habría leído media Suecia, todos menos ella: *Aquí hay algo que no encaja*, de Martina Haag.

Trataba de una mujer que descubre que su marido le es infiel y la deja después de veinte años de convivencia y cuatro hijos, y de cómo ese descubrimiento la pilla por sorpresa. Y eso era exactamente lo que le había ocurrido a ella.

Su marido era profesor de la Universidad de Estocolmo y tenía bastante carga lectiva en el extranjero. De un tiempo a esta parte, iba y venía para trabajar todas las semanas en una de las universidades de Londres. Llegaba a casa los viernes por la noche, y dado que Lisa siempre terminaba pronto ese día, era ella la que solía preparar la cena.

Por lo general, él se duchaba y se ponía ropa cómoda cuando llegaba, luego ambos disfrutaban de una buena cena con unas copas de vino delante de la chimenea. A Lisa le encantaban aquellos momentos, los dos sentados en el sofá, en su casa de toda la vida en Gamla Enskede. Ella se acurrucaba en su regazo mientras conversaban sobre cómo les había ido la semana. Le encantaban sus brazos musculosos, la aspereza de la mejilla, el pelo rizado aún abundante y casi sin canas, pese a que había cumplido ya cincuenta y siete años. Para ella seguía siendo el hombre más guapo del mundo y se sentía privilegiada por poder pasar la vida con él.

Y entonces llegó aquel viernes, y las cosas cambiaron por completo. Aquel viernes que le destrozó la vida, que le mató las ilusiones. Treinta años quedaron pulverizados en unos minutos. Todo lo que habían compartido, todo lo que habían construido juntos durante toda una vida adulta. Como si no hubiera significado nada.

Aquel viernes en el que todo se fue al cuerno.

Colocó la mochila con el ordenador y unos libros en el portaequipajes que tenía sobre el asiento y se dejó caer en su sitio, junto a la ventana. El avión estaba bastante vacío, quizá el efecto Greta Thunberg se notara también en eso.

Por el momento, nadie se había sentado en la fila donde iba ella, y esperaba que siguiera siendo así. Lisa necesitaba estar tranquila para darle vueltas a sus pensamientos y no quería que le tocara al lado un extraño que, en el peor de los casos, tuviera incluso ganas de conversación.

Se puso el cinturón de seguridad y miró por la ventanilla. Ya estaba en camino, lejos de la vida en casa, lejos de los hijos, lejos de los amigos, del trabajo, de todos los círculos que se había ido construyendo a lo largo de los años.

Precisamente en ese momento Axel y ella debían recoger los frutos de toda una vida llena de sacrificios. Sus hijos, Victor y Olivia, tenían más de veinticinco años y se las arreglaban solos. Ahora era cuando iban a poder viajar, darse el lujo de comer fuera entre semana, tomarse una copa de vino e ir al Museo Moderno un miércoles cualquiera. Pasar un puente en París. Eso era lo que habían acordado, lo que esperaban hacer juntos. Tendrían tiempo de pensar en sí mismos, y también el uno en el otro.

En cambio, allí estaba, sentada en un avión rumbo a una nueva vida. Y Axel había conocido a otra. Todo había sucedido tan rápido que la pilló completamente desprevenida. A él, en cambio, lo vio muy resuelto. Al parecer llevaba tiempo madurándolo sin que ella hubiera advertido nada.

A través de las ventanillas del avión vio que iban cargando el equipaje. El sol brillaba y el cielo era de un azul intenso que solo puede tener a finales de abril. Con esa luz fresca tan añorada después de un invierno largo y oscuro. Los jardines se veían verdes, ya empezaban a asomar las hojas de los abedules y el magnolio no tardaría en florecer en la parcela de su antigua casa.

Lisa había decidido celebrar la Pascua con sus hijos antes de marcharse, y así lo hizo. Celebraron la cena en el apartamento de Olivia, en Södermalm. Victor fue con su novia. Pintaron huevos y disfrutaron del bufé de arenques, salmón, diversos platos preparados con huevo y cordero. Habían escondido los típicos huevos llenos de dulces por la casa, y después de comer cada uno se puso a buscar el suyo. Lisa no tenía ni idea de cómo celebraría la Pascua Axel.

La azafata, que, con los brazos delgados y rectos, y unas uñas perfectamente pintadas, iba indicando dónde se encontraban

las salidas de emergencia, tenía una figura bonita y seguro que no más de treinta años. Con la cara lisa bien maquillada, perfilador de ojos negro y un rojo sensual en los labios. Morena, con un moño en la nuca. ¿Sería así la joven pareja de su exmarido?

Lisa no lo sabía. Su nuevo amor vivía en Inglaterra y él no había querido decirle cómo se apellidaba. Lisa la buscó en Facebook y en Instagram, pero no encontró nada.

En el instante en que el avión empezó a acelerar por la pista de despegue, notó el ardor de las lágrimas bajo los párpados. Con la cantidad de años que pasó insistiéndole a Axel para que compraran una casa en el sur de España... Pero él siempre se negó. Decía que hacía demasiado calor en verano y que prefería tener una cabaña en Åre. Ella había tratado de persuadirlo con la posibilidad de ir a esquiar a Sierra Nevada, pero todo resultó inútil.

Así que allí estaba ahora, una mujer sola en pleno climaterio con alguna que otra cana y gafas para vista cansada. Se sentía sin atractivo, consumida.

Los motores empezaron a acelerar y Lisa notó que el avión se separaba del suelo. «Venga, mujer. Tranquila. Llevas veinte años queriendo tener una casa en España, y ahora ese sueño se ha hecho realidad.»

«Ahora puede ocurrir cualquier cosa.»

# MARI JUNG STEDT

En el lado oscuro  
de la luna

*Traducción:*

CARMEN MONTES CANO



MAEVA | NOIR

*Para Thomas*

# Los escenarios de la novela



# MÁLAGA



## Prólogo

*ESTOCOLMO SE HALLABA envuelta en una bruma difusa, como si hubieran extendido sobre la ciudad una cubierta hermética. Todos los colores habían palidecido, el ritmo se había ralentizado. La metrópolis, por lo general tan palpitante, había perdido fuelle. Todo signo de vida, todo movimiento, todo aquello que antes indicaba actividad y energía, parecía haberse detenido. Los habitantes de la ciudad marchaban por las aceras como robots de rostro inexpresivo y vacío, pasaban de largo a toda prisa por delante de los comercios, los restaurantes, los bares y los cafés del barrio de Hornstull.*

*La gente iba encogida por el frío, evitaba mirarse a los ojos, sin ánimo para detenerse y, en el peor de los casos, verse obligada a conversar un rato si tenía la mala suerte de cruzarse con un conocido. Incluso los perros caminaban pegados a las fachadas de color gris sucio y hacían sus necesidades deprisa antes de poner de nuevo rumbo a la luz y el calor del hogar, para volver al portal a toda prisa.*

*Estaban por debajo de los cero grados y la lluvia de las últimas semanas se había convertido en granizo. Los duros cristales de hielo mezclado con nieve que dañaban los ojos y arañaban las mejillas se convertían en sucia aguanieve en cuanto tocaban el reluciente asfalto empapado de humedad. Ya se estaba poniendo el sol, a pesar de que no eran más que las tres de la tarde.*

*Hanna dio el primer paso para encaramarse al puente de Västernbron. A sus pies se extendía la isla de Långholmen, con el estrecho de Pårsundet, donde tantas veces había hecho prácticas en canoa*

mientras admiraba las hermosas embarcaciones de caoba que se alineaban una tras otra en el canal. Al oeste continuaba el lago Mälaren, que se extendía hasta el horizonte. En una ocasión, su madre y ella hicieron una travesía en barco hasta el palacio de Drottningholm. Hanna recordaba cómo levantó la vista hacia el puente cuando pasaron por debajo de los imponentes pilares que lo sostenían. Jamás había visto nada tan alto. Dejó a su espalda el barrio de Södermalm; al otro lado de la bahía se encontraba el de Kungsholmen, con sus suntuosos edificios a lo largo de toda la orilla. Ahora estaban semiocultos tras la humedad gris de la bruma. Tanto mejor. No tenía el menor interés en ver nada. No quería que nada le recordara que había una vida más allá. Todo estaba a punto de terminarse, y lo único que experimentaba al pensar en ello era un sentimiento de liberación.

A esa hora el puente estaba casi vacío, alguna que otra persona circulaba en bicicleta por la otra acera, pero ningún peatón. El viento soplaba más fresco a medida que Hanna iba subiendo. Por fin llegó a la cima del arco abovedado. Los coches pasaban de largo sin cesar, pues allí el tráfico no se detenía nunca.

Lanzó una última ojeada a ambos lados. Nada. Nadie se acercaba. Entonces se aferró a la barandilla. Estaba alta, pero ella era fuerte y ágil. Con una mano se agarró a una señal de tráfico. El metal se le clavó en la palma cuando se impulsó para pasar la pierna por encima. En un segundo ya estaba al otro lado, donde solo había un estrecho borde sobre el que apoyarse. Y allí mismo, a sus pies, las profundidades.

Una ráfaga de viento se apoderó de su chaqueta hasta el punto de que perdió el equilibrio por un instante, pero se agarró fuerte a la baranda. Ya había oscurecido y solo podía intuir que el agua se hallaba allá abajo. ¿Qué altura habría? ¿Veinticinco, treinta metros? De pronto, con repentina intensidad, la duda la asaltó y la embargó de pies a cabeza.

*¿De verdad quería morir de ese modo? ¿De verdad quería morir?*

El agua se extendía negra y helada, el resplandor de las farolas centelleaba en la superficie. Miró a su alrededor. Seguía sin ver a nadie.

*Ahora casi deseaba que viniera alguien, que alguien, daba igual quién, la detuviera. Ahora que se encontraba allí de verdad, a un milímetro de la muerte, sintió miedo. El lugar en el que se encontraba estaba resbaladizo y le costaba mantener firmes los pies. Deslizó la mirada por la fachada de los edificios de Norr Mälarstrand. Había luz en las ventanas. Allí dentro, al calor, había gente que vivía en hogares acogedores, rodeada de sus seres queridos. La vida seguía su curso. Y ahí estaba ella, en el borde alto y aterrador del puente de Västerbron. Con el viento que hacía, no sería capaz de mantenerse agarrada mucho más tiempo. El granizo caía con más fuerza y le azotaba el rostro. El frío y la humedad le atravesaban la ropa: estaba calada hasta los huesos.*

*Tiritaba de pies a cabeza y las piernas empezaron a temblarle de pronto sin control. Ya se le habían dormido los brazos. Los coches pasaban zumbando uno tras otro, pero ninguno parecía reparar en ella. Miró con desesperación el camino peatonal que estaba al otro lado de la barandilla. No quería. Deseaba dar marcha atrás. Pero ¿cómo?*

*Se le encogió el estómago al contemplar las aguas oscuras y, justo cuando iba a darse la vuelta para pasar de nuevo al otro lado, al lado seguro, vino una ráfaga de viento más fuerte aún que la anterior. Primero resbaló. Luego se le soltó una mano ya gélida de la barandilla; luego, la otra. Dejó escapar un grito. Un escalofrío le atravesó el cuerpo como un rayo.*

*Ya no podía elegir. Allá abajo, el agua. La oscuridad. Un jadeo.  
Y Hanna cayó.*

DÍA 1

Viernes, 31 de diciembre

EN CUANTO SALIERON de la terminal del aeropuerto sintieron el azote del aire helador. Laura entornó los ojos ante el fuerte sol invernal. A pesar de que Ulrik la había prevenido diciéndole que se abrigara todo lo posible, ella no había logrado imaginarse cómo sería el frío. Ahora se alegraba de haber caído en la tentación de comprarse en el aeropuerto de Arlanda una larga bufanda de lana. Se la enrolló alrededor de la cara, cubriéndose la nariz y la boca, de modo que solo los ojos quedaron al descubierto. Los termómetros indicaban diecinueve grados bajo cero. Casi cuarenta grados de diferencia con respecto a Málaga, de donde habían salido aquella misma mañana.

Le dio la mano a Ulrik y los dos caminaron lo más rápido posible hacia el aparcamiento de larga estancia del aeropuerto de Örnköldsvik. Ulrik la había invitado a su casa de Suecia, que se encontraba en el campo, en una zona que llamaban Costa Alta.

Una vez junto al coche, comprobaron que solo se podía ver el contorno bajo una gruesa capa de nieve. Ulrik limpió como pudo el Land Rover, antes de abrir las puertas con esfuerzo. Laura se dejó caer agradecida en el asiento del copiloto.

—Madre mía, ¿cómo aguanta la gente este frío? Lo de vivir tan al norte no puede estar pensado para los seres humanos. ¿Hay osos polares?

Ulrik sonrió con indulgencia.

—No, nada de osos polares, pero sí hay osos pardos en el bosque, así que más vale que tengas cuidado.

Extendió los brazos como si fuera a agarrarla y soltó un alarido aterrador.

—Pues de eso no me habías dicho nada —respondió ella riendo—. Yo solo he oído hablar de nieve reluciente, sauna y champán.

—Sí, sí —le dijo Ulrik con un guiño—. Tendrás que ser paciente. Vamos a parar a comprar antes de seguir hacia Docksta. Una vez en la granja, no habrá rastro de tiendas, solo tú y yo en una zona desierta.

Ulrik alargó la mano y le dio un cariñoso apretón en la rodilla. A Laura le encantaba su compañía, era un chico alegre y de trato fácil. Auténtico, por así decirlo. Fiable, muy distinto de los hombres que había conocido hasta ahora.

Lo único que le preocupaba era que parecía apesadumbrado, como si hubiera algo que lo reconcomiera. A veces era como si se perdiera en sus pensamientos, como si estuviera ausente. Laura suponía que tendría que ver con el divorcio. O quizá con el hecho de no poder tener consigo a sus hijos con más frecuencia. Se preguntaba a qué se debía, si habría alguna razón concreta. No había querido presionarlo preguntándole, le parecía demasiado pronto.

Se habían conocido en un bar de Marbella unos meses atrás, y a ella le gustó desde el primer momento. Ulrik destacaba entre los españoles en medio del establecimiento a rebotar: alto, rubio y con unos ojos de un azul intenso. Tenía en la cara un punto de ternura que le atrajo enseguida. Llevaba vaqueros y una camiseta, un estilo sencillo y relajado. Le sonrió a Laura con cierta timidez y le preguntó si quería tomar algo, y así empezaron a charlar. La conversación fluía entre ellos.

Después de aquella primera noche siguieron viéndose. Ella vivía en Fuengirola, y Ulrik, en Nerja, dos localidades turísticas

de la Costa del Sol. Había un trecho entre una y otra. Nerja se encontraba a cincuenta kilómetros al este de Málaga, y Fuengirola estaba al otro lado de la ciudad, a treinta kilómetros al oeste del centro. Por lo general, se veían en casa de él. «Mejor así», pensaba Laura. Allí ella no conocía a nadie. A nadie que pudiera llegar y entrometerse.

El apartamento de Ulrik se encontraba sobre una pequeña playa, con unas espectaculares vistas al mar. Solía servirle el desayuno en la terraza, y Laura no había comido jamás unas tortillas más ricas que las suyas.

Poco a poco, empezó a soñar con un futuro común. Ciertamente que él era algo mayor y ya tenía dos hijos adolescentes, pero a ella no le importaba. Estaba deseando conocer a los chicos. Por lo general vivían con su madre, en la casa que la familia tenía a orillas del mar, no muy lejos de la granja de Ulrik.

Laura iba mirando por la ventanilla del coche. Era como un paisaje de cuento. A ambos lados de la carretera se extendía un bosque de abetos, vencidos por el peso de la nieve. De vez en cuando pasaban ante una cabaña de madera pintada de rojo en cuyas ventanas brillaba cálida la luz. Una mujer con un anorak largo y un gorro de piel venía por el arcén en un medio de transporte que Laura no había visto jamás. Parecía una silla de madera que se deslizaba sobre largas guías de acero.

En un campo cubierto de nieve trotaban a grandes zancadas un par de alces. Laura se sorprendió de lo grandes que eran aquellos magníficos animales. Tenían las patas muy largas, y la cabeza con una forma peculiar y de gran tamaño. Los animales cruzaron el lindero del bosque y desaparecieron.

Ya había empezado a oscurecer. Aquí y allá había montículos de nieve que flanqueaban la carretera.

Laura se volvió hacia Ulrik y se quedó mirándolo de perfil. Alargó el brazo y le acarició la nuca. Cuando él se volvió hacia ella con una sonrisa, sintió un escalofrío.

Sentía que aquello era el principio de algo nuevo.

LISA ESTABA SENTADA en la terraza contemplando el montañoso paisaje, los caballos en el cercado del valle y la carretera que se alejaba serpenteando entre las colinas cubiertas de verdor. La casa a la que se había mudado hacía apenas un año se encontraba a las afueras del pueblecito de Benagalbón. Aunque la localidad se encontraba a tan solo unos veinte kilómetros de Málaga, la ciudad se sentía lejana. Cuando empezó a buscar una vivienda para comprar después del divorcio, aquella casa le encantó enseguida. Tenía una sola planta, con un porche al que se accedía desde la cocina. Fuera había una escalera de caracol que conducía a una azotea, con unas vistas increíbles a las montañas, las casitas blancas que salpicaban las colinas verdes y, de fondo, el mar azul cobalto.

La casa era espaciosa y de techos altos, pero necesitaba una buena reforma. Las paredes tenían la pintura desconchada, las tuberías estaban oxidadas, la salida de humo de la chimenea se había resquebrajado y había que cambiar la cocina entera.

Eso sí, se encontraba en un lugar tranquilo al final de la callejuela, a un tiro de piedra del corazón del pueblo. El canto de un gallo se oyó cruzando el valle, a pesar de que ya era más de mediodía. El sol brillaba, y hacía calor para aquella época del año. Lisa no tenía frío, aunque solo llevaba una falda de algodón, una camiseta y una chaqueta fina. Se apartó un rizo de la cara. Llevaba la larga melena rubia recogida en un moño y, por una vez,

se había pintado los labios y se había puesto un toque de sombra de ojos y rímel. En honor a aquel día, el último del año. Y se alegraba de que ese año hubiera llegado a su fin. A partir de ahora, trataría de mirar al futuro en lugar de pensar en el pasado. Aunque era difícil.

Aún se le antojaba irreal el hecho de estar viviendo allí de verdad, de que aquel fuera su nuevo hogar.

Benagalbón era un pueblo tranquilo, no muy alejado de las localidades costeras donde las playas de arena se sucedían unas a otras camino de la gran ciudad de Málaga. Allí arriba, en las montañas, el turismo de masas resultaba un fenómeno lejano. Algún que otro turista pasaba por el pueblo, pero lo que más se oía hablar por las calles era español.

El pueblo apenas contaba con mil habitantes y tenía una iglesia, un colegio, una panadería, varios comercios y restaurantes, pero poco más. Las casas se sucedían unas a otras a lo largo de las calles empedradas, y en las aceras había maceteros con flores. Muchas fachadas lucían platos de cerámica y retratos de la Virgen, y la decoración navideña adornaba todos los rincones.

Podría haber sido lo más idílico y agradable del mundo, de no ser por la tristeza que la afligía. Apenas había transcurrido un año desde que recibió la noticia que echó por tierra su vida entera de un golpe único y brutal. Su marido y compañero le contó un día al llegar a casa que se había enamorado de una de sus alumnas. Y que quería separarse.

Aquello pilló a Lisa por sorpresa. Axel llevaba seis meses viajando a Londres todas las semanas por exigencias de su cargo como profesor universitario, cierto, pero pasaban juntos los fines de semana y ella pensaba que su relación iba bien. Después de todos aquellos años, seguía enamorada de él. Pero Axel se mostró inamovible y ella no pudo hacer nada. Solo quedaba ocuparse de los aspectos prácticos. Y entonces todo fue muy rápido.

En tan solo unas semanas, vendieron la casa familiar de Enskede en la que tantos años habían pasado juntos y en la que habían crecido sus hijos. Lisa se despidió de su puesto de profesora de instituto y se mudó a la Costa del Sol. Hizo realidad un sueño y se compró una casa en el idílico pueblo de Benagalbón.

A aquellas alturas, su exmarido había llegado a prometerse con su novia británica, y a Lisa no le extrañaría que el día menos pensado la joven se quedara embarazada. Era evidente que Axel pensaba empezar de nuevo. Como si la historia de ellos dos no significara nada.

Lisa suspiró con amargura y tomó un trago de vino de la copa que tenía en la mesa de plástico blanca, al lado de un plato de aceitunas, cacahuetes, pepinillos y unas rodajas de salchichón. Eran las cuatro y todavía no tenía ningún plan para Fin de Año. La única amiga de verdad que tenía en España, Annie, su amiga de la infancia, pasaba Navidad y Fin de Año con unos amigos en Gran Canaria. Las demás personas a las que había conocido eran relaciones superficiales y, puesto que no la habían invitado a ninguna fiesta, no quería ir a molestar a ningún sitio.

Había una persona a la que sí habría podido preguntarle. El policía español Héctor Correa.

Recordó su figura: alto, en vaqueros y camisa con un pañuelo en el cuello, el pelo entrecano, ondulado y abundante, y una barba bien cuidada. Tenía una cara atractiva, con un ojo castaño y otro verde.

Se habían conocido en un curso de flamenco en el casco antiguo de Málaga y empezaron a hablar. Resultó que Héctor se había quedado viudo cinco años atrás, y era inspector de Homicidios en la Policía de Málaga. Justo cuando acababan de conocerse, se produjo en la ciudad de Ronda un asesinato en cuya investigación se vieron involucrados varios suecos, y Héctor le pidió a Lisa que se encargara de hacer la interpretación durante los interrogatorios. La colaboración salió bien y, a partir de entonces,

empezaron a hacerle encargos de interpretación de vez en cuando, además de que los dos siguieron yendo a bailar flamenco. Y eso era todo.

A veces Lisa tenía la impresión de que había surgido una tensión entre ambos, pero un segundo después desaparecía por completo. Héctor era interesante, pero ella se preguntaba si había superado la muerte de su mujer. Parecía que le costaba olvidar a Carmen, y quizá no estuviera preparado para seguir adelante. Tal vez ella tampoco. Tenía el corazón destrozado y necesitaba tiempo para sanar. Treinta años de amor no se borran así como así.

Se llevó a la boca un par de aceitunas y contempló el valle. De pronto, sonó el teléfono.

—Hola, mamá, feliz Año Nuevo —oyó que decía su hija Olivia.

Parecía sin resuello. Se oían voces y risas de fondo.

—Feliz Año Nuevo. ¿Cómo lo estáis pasando?

—De maravilla —respondió Olivia entusiasmada—. Hemos estado todo el día esquiando, hay un montón de nieve y no hace demasiado frío. Incluso ha salido el sol.

—Vaya, estupendo —dijo Lisa con un punto de envidia y de añoranza en el pecho.

Sus hijos habían pasado con ella el día de Navidad, pero el Año Nuevo lo celebraban con su padre. Se encontraban en Åre, con Axel y Elaine, que tenía la misma edad que Olivia: veintinueve años.

A Lisa le encantaba esquiar. Recordaba cuando iban todos juntos a Trysil, en Noruega. Los días en las pistas, la alegría en los ojos de los niños, Axel haciendo el payaso con los esquís y haciendo reír a todo el mundo, el almuerzo que llevaban preparado y que consumían en alguna cabaña de descanso, el chocolate caliente delante de la chimenea cuando llegaban a casa, jugar a las cartas por la noche toda la familia...

Contempló la terraza y su solitaria copa de vino, y se controló para mantener firme la voz.

—Y tú, ¿qué haces? —preguntó Olivia.

—Aquí sentada disfrutando de las vistas —dijo Lisa haciendo un esfuerzo por sonar satisfecha—. Esto es maravilloso, tenemos casi veinte grados.

—Qué bien. ¿Y cómo vas a celebrar el Fin de Año?

Lisa dudó un segundo. No quería decirle la verdad, no quería darles a Axel y a Elaine la imagen de una mujer sola y rechazada, por auténtica que fuera esa imagen.

—Voy a cenar con un grupo de amigos en el restaurante del pueblo —mintió—. Se puede comer fuera, ¿sabes?, y luego habrá fuegos artificiales y fiesta en la plaza.

—Vaya, qué bien —dijo Olivia. Lisa oyó que la llamaban—. Tengo que irme, vamos a la sauna. Bueno, un beso, mamá. Victor y los demás te mandan muchos recuerdos. Pásalo bien esta noche, y buen final de año.

Lisa se despidió y colgó con una sensación de abismo en el pecho. «Buen final», pensó. Más o menos como si la vida terminara con las doce campanadas. «Que tengas un buen final en medio de tu soledad.»

Pensar en sus hijos sentados en la sauna con el hombre que era el amor de su vida y la joven novia que se había buscado le provocaba náuseas. Era una tortura oír la alegría en las voces que sonaban de fondo. Axel había mantenido el contexto familiar; lo único que hizo fue sustituirla a ella.

*NO HABÍA NADIE más en la carretera. Las luces largas solo iluminaban los abetos más próximos en el denso bosque que se extendía a ambos lados del coche. No había forma de saber lo que esperaba más allá. Era como una tierra de nadie de color negro, lejos de la civilización, carente de vida humana. Un universo en sí, helado, silencioso.*

*Fui conduciendo despacio, giré para entrar en un claro del bosque y apagué el motor. Se hizo un silencio absoluto.*

*El frío helador de la tarde me sorprendió cuando salí del coche, y empecé a toser en cuanto el aire me llenó los pulmones. Mierda. Me cubrí la boca con la manga y traté de hacer el menor ruido posible, por si alguien, contra todo pronóstico, anduviera por el bosque a esas horas. Encendí la linterna frontal y me la puse. Fui siguiendo con la vista la luz que recorría los abetos cubiertos de nieve. El bosque se extendía oscuro y denso a mi alrededor, como si estuviera tramando algo. Las estrellas brillaban como gélidos puntos relucientes en el negro cielo.*

*Sentía como si me estuvieran observando, como si me siguieran miles de ojos. A lo lejos se oía algún que otro estallido, como un presagio de lo que aguardaba.*

*Abrí el maletero y saqué lo que necesitaba llevarme, junto con los esquís y los bastones. Si iba bosque a través nadie me vería llegar. Nadie alcanzaría a percatarse de lo que estaba ocurriendo.*

*Me ajusté los esquís y entré en el carril. El solitario haz de luz de la linterna frontal iluminaba el camino.*

*Los esquís avanzaban deslizándose por las huellas que habían dejado las motos mientras yo respiraba despacio según me iba impulsando con los bastones en la nieve. El cuerpo respondía, era fuerte, tenía el control.*

*Esa certeza me empujaba a avanzar a través de la oscuridad, a través del bosque, adentrándome en la noche.*